

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

A finales de junio de 1929 llega a Lorca a Nueva York en com-

pañía de Fernando de los Ríos. Buscaba conocer directamente una nueva cultura y a la vez huir de sí mismo. Dicen sus biógrafos que por entonces estaba sumido en la angustia de su «pasión imposible», la que llenaba de tristeza a aquel hombre que por donde iba derramaba la alegría de vivir y hacía sentirse alegres a cuantos le conocían y trataban.

Las primeras semanas de estancia en la gran ciudad fueron para él muy difíciles, no obstante el alivio que sintió al encontrarse con amigos que él estimaba, y muy pronto con admiradores de su genio que surgían fácilmente entre los que asistían a alguna reunión en que podían conocerle.

En una de las cartas que escribe a sus padres y hermanos, concretamente en la de 14 de julio de 1929 —había desembarcado el 25 de junio— habla de las clases de inglés a las que asistía en la Universidad, la de Columbia, de sus excursiones al campo, de su visita al barrio negro, de una reunión precisamente con negros en casa de la escritora Nella Larsen, «mujer exquisita llena de bondad, con esa melancolía de los negros, tan profunda y tan conmovedora».

En la reunión «había un muchachillo que cantó cantos religiosos. Y me senté al piano y también canté. Y no quiero decirlo que les gustaron mis canciones "Las moricas de Jaén", "No salgas, paloma, al campo" y "El burro"; me las hicieron repetir cuatro o cinco veces. Los negros son una gente buenísima. Al despedirme de ellos me abrazaron todos y la escritora me regaló sus libros con vivas dedicatorias...»

La carta sigue dando noticias a sus padres de lo que va viendo en esta inmensa ciudad, «cúmulo de razas y de costumbres diferentes» que él espera poder estudiar, y «darme cuenta de todo este caos y perplejidad».

Y ya puesto a manifestarles los sentimientos e impresiones que se despiertan en su alma ante la novedad de lo que ve y capta, aparece su referencia al tema religioso.

«He asistido también —dice— a oficios religiosos de diferentes religiones y he salido dando vivas al portentoso, bellissimo, sin igual, catolicismo español. No digamos nada de los cultos protestantes.» (Omito las frases durísimas que escribe contra los cultos y los fieles de la Reforma.)

«Aun el catolicismo de aquí —prosigue— es distinto. Está minado por el protestantismo y tiene esa misma frialdad. Esta mañana fui a ver una Misa católica dicha por un inglés. Y ahora veo lo prodigioso que es cualquier cura andaluz diciéndola. Hay un instinto innato de la belleza en el pueblo español y una alta idea de la presencia de Dios en el templo. Ahora comprendo el espectáculo fervoroso, único en el mundo; que es una Misa en España. La lentitud, la grandeza, el adorno del altar, la cordialidad en la adoración del Sacramento, el culto a la Virgen, son en España de una absoluta personalidad y de una enorme poesía y belleza.»

«Ahora comprendo también, aquí, frente a las iglesias protestantes, el "porqué racial" de la gran lucha de España contra el protestantismo y de la españolísima actitud

LORCA Y LA LITURGIA CATOLICA

del gran Rey injustamente tratado en la historia, Felipe II.»

El valor que tienen estas afirmaciones del poeta es, ante todo, el de su sinceridad. Pertenecen a una muy espontánea comunicación entre familia, en la cual no hay que fingir ni disimular. No tiene formación religiosa honda, pero tampoco es un ateo ni un agnóstico. Aquel mismo año, en la Cuaresma de 1929, había desfilado como penitente, aunque no era cofrade, con la cofradía de Santa María de la Alhambra. En la procesión, que duró cuatro horas, llevó sobre sus hombros una cruz y en algún momento se arrodilló y oró. Había compuesto también, en parte al menos, su oda al Santísimo Sacramento del Altar. Muy libre y aun extravagante interpretación de la Eucaristía, pero al fin y al cabo reveladora de una fe que no se extinguió nunca en su alma.

Vivía, pues, en esta temporada una cierta preocupación religiosa y aun moral, como consecuencia del sufrimiento que le causaban sus frustraciones, y buscaba en la evocación poética del Sacramento eucarístico y en el recurso a la Virgen María el remedio que anhelaban su cuerpo y su alma, torturados a la vez por el ansia de volar hacia la belleza sin límites y por el peso fatal que le hacía cautivo de la tierra, a la que, por otra parte, tanto amaba.

No hay que olvidar que la Eucaristía y la Virgen Madre de Dios y de los hombres son afirmaciones fundamentales del credo católico. Así lo sentía él desde niño y nunca las rechazó.

Se comprende que en ese ambiente tan distinto del que ha conocido y vivido brote en él un grito de conmovido recuerdo y de alabanza, porque él no ha ido a esa Misa que celebra el cura inglés para participar y ni siquiera para rezar, sino solamente «a ver». Él, como tantos otros, no tenía idea exacta de lo que es la Misa ni la liturgia propiamente dicha. Le bastaba percibir el encanto de los cultos católicos en que lo popular y humano encuentran tan cálida expresión como lo inefable y misterioso, para reaccionar como lo hace. Y eso que entonces la Misa se celebraba en latín.

De ahí que añada en su carta:

«Lo que el catolicismo de los Estados Unidos no tiene es solemnidad, es decir, calor humano. La solemnidad en lo religioso es "cordialidad", porque es una prueba viva, prueba para los sentidos, de la inmediata presencia de Dios. Es como decir: Dios está con nosotros, démosle culto y adoración. Pero es una gran equivocación suprimir el ceremonial. Es la gran cosa de España. Son las formas exquisitas, la hidalguía con Dios.»

¿Qué bien expresado uno de los aspectos más bellos de la liturgia, el de la solemnidad, los símbolos, los signos externos! Olvidar las formas, el rito, la dignidad y estética de la celebración es hacer plebeyo y chabacano lo que por su naturaleza trata de manifestar la suprema elegancia de lo divino. Solemnidad no es formalismo vacuo ni lejanía; es en lo religioso cordialidad y respeto a la vez.

Lorca hubiera gozado mucho también con la Misa en una abadía benedictina y oyendo las melodías del canto gregoriano.

Lo que no se puede afirmar es que eso sea la «grandeza de España», en sentido ex-

cluyente, como parece dar a entender él. También en otros países, de distinto genio y cultura,

donde hay liturgia católica hay ceremonial, culto solemne, hidalguía con Dios.

A renglón seguido, y esto indica la honradez con que da a conocer sus impresiones, añade:

«Sin embargo, yo he observado al público católico esta mañana, y he visto una devoción extraordinaria, sobre todo en los hombres, cosa rara en España. Han comulgado muchas gentes y era un público serio, sin pampinas y con una disciplina extraordinaria.»

«He visto la primera comunión de niños japoneses con unas caritas amarillas, vestidos de blanco, de lo más delicado y frágil que se puede soñar.»

«El problema religioso es importante de ver y estudiar en los Estados Unidos.»

Esta carta ha sido publicada en el número 23 y 24 de la revista «Poesía», editada en 1986 en el Ministerio de Cultura. Gibson reproduce gran parte de ella en su libro sobre Lorca.

Sólo debo añadir que tras ese párrafo en que Lorca alaba la devoción de los hombres, cosa rara en España, se refiere a otra visita hecha a una sinagoga judía. Oye cantos bellísimos. Ve un ceremonial «muy solemne, pero que a mí me resultó vacío de sentido. Me parece demasiado fuerte la figura de Cristo para negarla».

No tengo ninguna intención apologética al hacer este comentario. Conozco las invectivas feroces que lanzó contra determinados aspectos de la moral católica en muchos momentos de su vida y sobre todo en los años de su primera juventud. Pero él nunca perdió del todo un cierto sentido cristiano y católico de la vida. Y en esta carta, escrita siete años antes de su trágica muerte, con la serenidad que dan la distancia y el ámbito puramente familiar de su destino, brota espontáneamente la vibración religiosa del alma del poeta.

Precisamente porque lo era —el poeta es el que mejor sabe describir y expresar la belleza del mundo y de la vida— hace estas referencias a lo más bello de la religión, la liturgia. Y captó mejor que otros lo que hay de hermoso en los signos, en el ceremonial, en la expresión popular de las creencias que él lleva grabadas en la retina de sus ojos de tanto haberlas visto en su tierra andaluza. Y junto a la belleza de los signos externos, la otra, la interior, la del alma de la liturgia: a un espíritu tan fino como el suyo no se le escapa que allí, en esa misa, en esa adoración al Sacramento, en ese culto a la Virgen que él recuerda, hay una alta idea de la presencia de Dios en el templo, una solemnidad que se transforma en cordialidad, una prueba viva, prueba para los sentidos, de la inmediata presencia de Dios.

¿Quién le ha enseñado a hablar así?

Por entonces, en España, nadie hablaba del sentido profundo de la liturgia. Pero su genio poético hizo a Lorca capaz de intuir y expresar a su manera la riqueza interior del culto litúrgico y su valor singular. No olvidemos que la Revelación es la que manifiesta las verdades de la fe, la teología las explica, la catequesis ayuda a incorporarlas a nuestra vida, pero la liturgia las «celebra» y logra la más íntima comunicación del hombre con Dios.

Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN
Cardenal arzobispo de Toledo
Prímado de España